

hasta los cercados de hierro y los sitios más agrestes de los montes, donde batallan en campo no contenido huracanes bramadores, bajo un cielo generalmente de plomo. En el fondo del valle, casi á una milla del castillo, corre placidamente el Tyne, que no deja ver ningún puente en los alrededores, siendo guardián fiel de la quietud, predilecto placer de la protestante. Sólo turba el silencio de la solitaria mansión el rumor de los vientos en los días procelosos, y ordinariamente con frecuencia el silbido de la locomotora, que al otro lado del río vuela sobre el camino de hierro de Newcastle á Carlisle, haciendo temblar la tierra bajo el terrible peso del carbón de piedra, entre una nube de humo.

El Parque verde era precisamente el lugar, ó, mejor dicho, el teatro donde mistress Needle comparecía en todo su verdadero sér natural. Porque en Londres las conveniencias sociales, y en viaje la necesidad de ver novedades ó de recurrir á personas de diversos caracteres y costumbres, forzábanla á tomar parte en alguna que otra diversión, modificando sus propias inclinaciones. Pero en el campo, y en el centro de sus propiedades, circundada de campesinos suyos, que ocupaban ciento

## IV.

## EL PARQUE VERDE Y SU CURATO

En la extrema orilla de la Inglaterra septentrional, donde el condado de Northumberland corre á encontrarse con la Escocia, surge un antiguo edificio, de su género propio, entre la villa y el castillo: mistress Needle, que lo tenía por herencia de sus mayores, llamábale *Green Park*, ó sea Parque verde. Verdísima, en efecto, es la pendiente amplia y desahogada que hay en medio, sobre un borde á guisa de escalinata. En torno de la habitación principal y de los edificios rústicos, dan vuelta los jardines, prados pequeños, y cien cosas lindas; las faldas debajo se visten de campos y de prados; arriba, las colinas se coronan de selvas de un verde oscuro, casi negro, que llegan de borde en borde



cincuenta chozas en el radio de unas cuatro ó cinco millas de circunferencia, no reconocía jefe superior, como si fuera un caballero feudal de la Edad Media en su baronía. Esto sin contar las ricas minas de carbón que poseía en sus alrededores, con cuyos obreros se poblaban unas dos terceras partes del pueblo, distante tres millas del Parque verde, y sepulto detrás de una porción de colinitas descendentes de la cadena de los montes Cheviot. Allí la castellana ejercía, por la naturaleza de su condición, una casi absoluta soberanía: no existe sobre la superficie del globo terráqueo una raza más sumida en la esclavitud que el pueblo ínfimo de la libre Inglaterra, y sobre todo el de los campos.

Para buena ventura de los terratenientes, mistress Needle los trataba como reina piadosa, y como tal no la veían con malos ojos sus súbditos. Por cima de todos sus pensamientos estaba la religión, no sólo para sí y para su familia, sino también para la inmensa clientela dependiente de su fortuna. Entre los numerosos y diversos títulos de posesiones y derechos que adquirido había por herencia ó por muerte de su marido, ninguno ambicionó tanto, ni fué conservado más ansiosamente, como

el de *advowson* de su parroquia. Con tal documento en la mano, se había declarado casi reina, reguladora y soberana de la cura espiritual de las almas, por cuanto, en virtud del mismo, podía elegir y presentar para la rectoría de su parroquia el candidato que mejor le pareciese, sin oposición por parte del obispo, por ser desusado de todo punto, ni mucho menos contradicción de los parroquianos, que desde tiempo inmemorial aceptan el párroco que les regala su patrono, de la propia guisa con que se resignan á la lluvia ó al granizo. No hay que decir con qué solicitud, cuando le tocó designar nuevo ministro, recorrió, con la linterna en la mano, toda la Gran Bretaña. Finalmente había encontrado un doctor de Cambridge, hombre perfecto y digno ministro del altar; lo había divisado merced á un opúsculo que publicara contra el *puseismo* (1). Mistress Needle leyó, estudió y pesó cada frase del escrito, quedando persuadida de que el *doctor* Wind (así se llamaba) resplandecía como un astro en el cielo anglicano, por su fe intacta, sin la menor baba de la nueva herejía *romanesca* de la escuela de Oxford.

(1) La secta de los protestantes que más se aproxima al Catolicismo. Son muchos los que se convierten. (Nota del traductor.)



Además de la incomparable ventaja de la doctrina sana, el doctor era, al parecer, un padre de familia grave; tenía fama, por último, de poseer un metal de voz clara y simpática.

Conferido el cargo, y convenidas con el nuevo rector las tareas de la parroquia, mistress Needle se había puesto en viaje, según costumbre, á fin de pasar en clima más dulce la estación invernal. Sólo que las veinticinco mil libras del beneficio eclesiástico no podía gastarlas el doctor Wind en el lugar que nosotros llamaremos también del Parque verde. Además, por desventura de la señora, era canónigo prebendario de varias catedrales, vicario de algunas parroquias diseminadas por diferentes condados de Inglaterra y del país de Gales, capellán, en fin, de un hospital en Escocia, siéndole forzoso en su virtud nutrir parcamente de sermones á las ovejas del Parque verde. Dada una carrera en la estación en que la reina del lugar se dejaba ver en él, ponía el primer cura que hallaba á la mano, y tomaba las de Villadiego. Como verdadero *gentleman*, expendía sus tres ó cuatro mil libras esterlinas en Newcastle, en Carlisle, y hasta en las aguas de Spa, de Baden-Baden, y de Mon-

tecatini; lo que gustaba menos á la severa mistress Needle, es que tenía fama de corredor excelente en las cazas de las zorras, de consumado *sportman* y de *turista serious* en las carreras de Epsom. Con todo, por tan leves manchas no llevaba ciertamente á los tribunales eclesiásticos al mundano *clergyman*; hubiera sido un proceso de gastos enormísimos y de fatal éxito: fuera de que la tolerante señora encontraba muchas circunstancias atenuantes:—Ya, decía, el alto clero hace poco más ó menos lo mismo: es una necesidad dolorosa, pero al fin necesidad: además ¡pobrecito! ha de casar á las hijas: ¿cómo encontraría con quién acompañarlas entre estos pobres, sin darles un poco de solaz en las respetables reuniones? Toleremos.

Con todo, aprovechando una oportunidad, no supo sufrir completamente, y alguna semi-queja huyó de sus labios: referida de boca en boca al potente doctor Wind, produjo el efecto de alterar no poco la feliz armonía que reinara entre el beneficiado y la patrona. Fuera por ello, fuera por otra cosa, el doctor dejó de ser áspero y menos intratable relativamente al puseismo. En algún sermón osó llamar *honorables* á varios de sus jefes, admitiendo á la



santa cena, y, lo que peor era, á su conversación, algunas *ladis* de los castillos próximos, que tenían fama de muy adictas al partido *romanesco*; esto en la parroquia misma del Parque verde, á los ojos plañideros de la señora. Por este inesperado peligro de ruina en la fe, la buena mistress Needle se quedó espantada y llena de horror; vió el *romanismo* á las puertas, así como al Papa, llevado sobre su silla gestatoria y triunfante en el Parque verde. No podía sosegar hasta poner remedio al temido desastre. Mas era forzoso conducirse con sumocomedimiento, porque de frente solo hubiera conseguido agriar al extraviado pastor.

Le llamó, pues, á su casa en forma cortés, y dando muchos rodeos, tan sabiamente lo fué atando y envolviendo, que el reverendo rector se apercibió de que la mujer no pactaría sino renunciando á sus principios y enmendándose, ó bien haciendo dimisión de la parroquia. Consideró á qué terrible lucha se exponía entrando en liza con una mujer de conciencia delicada, que procedía por convicción; mucho más temía escándalos y su propio descrédito, poniéndose en abierta pugna con la que daba sustento á más de la mitad de sus feli-

greses; por otra parte huía ¿cómo no? de renunciar al cuidado de las almas del Parque verde, por cuanto era tanto como quitarse de la boca un bocado del mil liras esterlinas. Se avino, al fin, prudentemente á pactos, y demandó un arreglo. Sobre la mesa formuló un cartel, que se publicaría en el *Diario del Clero*; así estaba concebido: "Se busca un cura para un pueblo de cuatro ó cinco mil fieles: país sano, hermosas vistas, camino de hierro próximo. Salario: cuarenta liras esterlinas." Mistress Needle pretendió que se añadiese: "rectoral grande y provista de todo: hasta de jardín." El doctor, por vía de compensación de esto, que le hacía perder la casa, quiso añadir lo siguiente: "de la que se deberá tener gran cuidado: que no se presente un eclesiástico que tenga prole de tierna edad"

—Pero falta lo mejor, dijo la señora.

—¿Qué falta?

—No podría nunca sufrir en mi parroquia un pastor que no profesase mis opiniones; todo lo enseñado por la Alta Iglesia, ni más ni menos.

—Muy bien, respondió el rector acomodaticio; escribo súbito: "Cualidades morales que se requieren: principios *correctos*,



buenas testimoniales de piedad, de moralidad y de instrucción: voz clara. Dirigirse á mistress Ana Needle, Lóndres, etc." Habiendo escrito así, alargó el papel á la señora para que lo releyese, diciendo:— ¿La quiero complacer, ó no? Con esto me propongo poner de realce hasta qué punto estimo su amistad, y seguir con vos en las mejores relaciones posibles: os dejo enteramente la elección de mi sustituto.—

Mistress Needle no sabía pedir ni esperar cosa mejor. La nueva elección, hecha según las reglas de su conciencia timorata, recayó sobre un sencillo *clergyman*, no titulado doctor, ni *fellow*, ni decano, ni prebendado, ni titular de varias parroquias; pero fiel secuaz de la Alta Iglesia, y sin inclinaciones papistas: en suma, era el reverendo Star, lleno de ciencia y de hijos, completamente dedicado á su familia y á su parroquia, deseoso hasta entonces de hincar el pie en cualquier sitio, y de recorrer el país para sustituir á los pastores poderosos durante la estación de los baños y de las cazas. A instalarse iba voluntariamente en la *comfortable* casa rectoral, sonriéndole mucho el jardín no pequeño; esperaba que las cuarenta esterlinas aumentarían con los derechos de los bauti-

zos, de los matrimonios y de los funerales, cuya tarifa es alta más que baja; el número no podía dejar de ser considerable, teniendo la población cinco mil habitantes. Desde la primera entrevista, el reverendo aspirante se ganó el respeto y el corazón de la ilustre *pietista*; dió de su persona y de su celo informes seguros; dijo ser adversario implacable de las innovaciones; prometió tener mucho cuidado del huerto y de los muebles, no menos que de las almas, y alzando astutamente la voz, puso de realce su talento para la predicación, como también sus lindos ademanes y su órgano vocal, de que se vanagloriaba con justicia. Mistress Needle halló naturalmente oportunidad para explicarle sus teorías para la buena marcha de la parroquia, que fueron oídas, aprobadas y encarecidas: la señora no anduvo corta en promesas de proteger las obras espirituales de su ministro, asegurando que le ayudaría con su consejo y auxilio. El buen *clergyman*, pobre y necesitado, no sabía qué ventura mayor pedir, sino una patrona rica, celosa, é inclinada á la caridad: si él gustó á la señora, la señora le gustó á él; encargóse del oficio con recíproca satisfacción y comunes esperanzas de remediar



los males ocasionados por su predecesor.

La devota señora prometiase que con tal pastor subrogado para dirigir á sus ovejas (píamente las consideraba suyas en virtud del *jus patronato*), vería en adelante florecer la piedad; sobre todo gozaba anticipadamente los más consoladores domingos del mundo: un servicio regular, no dispuesto para que durase muy poco, cena decorosa, frecuentada por el pueblo, y sermones que no saldrían del puro protestantismo, siendo regulados de acuerdo con su conciencia. Realmente todo lo que se había prometido de antemano, parecía que pasaba en los primeros meses con exactitud: el reverendo Star, según mistress Ana, era un hombre según el corazón de Dios. Pero ¿qué? No era igualmente un hombre según el corazón de todos los de la parroquia. La mala semilla del protestantismo mitigado se había echado demasíadamente aquí y allá, teniendo numerosas plantas, por culpa de la connivencia ó descuido del doctor Wind. Volvían á correr por las manos de todos los que no eran campesinos ó braceros los pequeños *Tratados* que años atrás habían hecho crujir el edificio del Alta Iglesia; el consejo de la parroquia se mostraba indulgente, y casi favorable,

á los habitantes del lugar, contaminados por el *semi-papismo* latente. De aquí una aversión sorda, si bien disimulada, contra la nueva hechura de mistress Needle, aversión á la verdad, impotente para quitarlo pero potentísima para amargar al infortunado cura y á la celosa patrona.

Esta lucha religiosa se guerrea en el Parque verde, helado y envuelto entre las brumas glaciales, mientras mistress Needle se deleitaba con las auras apacibles de Nápoles; era este el asunto urgente que la forzó á poner fin á las dilaciones y á la dulce compañía de Julia de los Laureles. Poco y mal descansó en el viaje de Nápoles á Inglaterra: apenas estuvo en Londres, tomó el camino de hierro, dirigiéndose á Newcastle. Le tardaba volver á su país y tomar de nuevo las riendas del gobierno, trabajado por la discordia civil. ¡Oh! ¡Si á lo menos dentro de las paredes de su casa hubiera podido conseguir, con un poco de quietud, la conversación y las gracias de la joven napolitana! Pero todo lo contrario; fuera la tempestad rugía casi furiosa; y dentro, la desolaba la soledad, que sentía doblemente por haber gozado las dulzuras del afecto de la muy candorosa y



sincera alma de Julia. Entre tanto el estío se acercaba y veíase no lejos la canícula, sin que Julia ni el conde, su padre, diesen señales de vida. Mistress Needle provocó al conde con una misiva fechada en el Parque verde, llegando á vuelta de correo la contestación. Era cortés y breve; manifestaba su disgusto, y la necesidad dolorosa de no cumplir la palabra que había dado, por culpa de asuntos urgentes. Julia metió dentro un billetito afectuoso, y nada más.

Mistress Needle sospechó que mediaba probablemente un misterio.

## V.

¡POBRE JULIA!

El misterio sospechado por Mistress Needle en las cartas del conde de los Laureles y de Julia, existía desgraciadamente: era un indicio de segura tempestad, que casi se desencadenaba ya sobre la cabeza de la muchacha. Poco tiempo trascurrió antes de llegar al Parque Verde la prueba notoria en una segunda carta. Después de algunas palabras de cortesía y afecto, expresábase así la joven: “¡Si me

viese! ¡Cuán trasformada estoy! Pero imagino que no me verá tan pronto. En el invierno que viene ansiará ver otro cielo que el de Nápoles. De todas maneras, si llegára en sus viajes á esta ciudad, seguramente no me hallaría en el palacio de Chiaia, ni al encontrarme reconocería el semblante de aquella su amiguita que llamaba hermana é hija. ¡Tanto he padecido! Me asombro de no haber echado canas. Todo á mi alrededor vacila: no me atrevo á mirar el pasado ni el porvenir. ¡Quién sabe lo que será de mí! Para serenar mi mente, perturbada por negros presentimientos, fijo la consideración en mi señora Ana; me acuerdo además de sus deliciosas hijitas, Clara y Clemencia, siempre apacibles como su inocencia; y para dar descanso mi corazón triste, imagino estrecharlas contra mi seno una tras otra, y darles un ósculo, rogando á Dios que aparte siempre de su cabeza inocente las terribles desgracias que afligen mi juventud. Dígaselo por favor, y me crea en todo evento, su *sincerísima y afectuosísima* amiga,—*Julia de los Laureles.*”

Al leer esta carta, no pudo dudar Mistress Needle de que algún imprevisto revés de fortuna había herido á su amiga pre-